

«Estrellitas relumbrantes,
»Dadme vuestra claridad
»Para seguirle los pasos
»A mi amante que se va.»

DOÑA CAROLINA CORONADO

EL AMOR DE LOS AMORES

I

¿Cómo te llamaré para que entiendas
Que me dirijo á tí, dulce amor mío,
Cuando lleguen al mundo las ofrendas
Que desde oculta soledad te envío?...

A tí, sin nombre para mí en la tierra
¿Cómo te llamaré con aquel nombre,
Tan claro, que pueda ningún hombre
Confundirlo, al cruzar por esta sierra?

¿Cómo sabrás que enamorada vivo
Siempre de tí, que me lamento sola
Del Gévora que pasa fugitivo
Mirando relucir ola tras ola?

Aquí estoy aguardando en una peña
A que venga el que adora el alma mía;
¿Por qué no ha de venir, si es tan risueña
La gruta que formé por si venía?

¿Qué tristeza ha de haber donde hay zarzales
Todos en flor, y acacias olorosas,

Y cayendo en el agua blancas rosas,
Y entre la espuma lirios virginales?
Y ¿por qué de mi vista has de esconderte;
Por qué no has de venir si yo te llamo?
¡Porque quiero mirarte, quiero verte
Y tengo que decirte que te amo!
¿Quién nos ha de mirar por estas vegas
Como vengas al pie de las encinas,
Si no hay más que palomas campesinas
Que están también con sus amores ciegas?
Pero si quieres esperar la luna,
Escondida estaré en la zarza-rosa,
Y si vienes con planta cautelosa
No nos podrá sentir paloma alguna.
Y no temas si alguna se despierta,
Que si te logro ver, de gozo muero,
Y aunque después lo cante al mundo entero,
¿Qué han de decir los vivos de una muerta?

II

Como lirio del sol descolorido
Ya de tanto llorar tengo el semblante,
Y cuando venga mi gallardo amante,
Se pondrá al contemplarlo entristecido.
Siempre en pos de mi amor voy por la tierra
Y creyendo encontrarle en las alturas,
Con el naciente sol trepo á la sierra,
Con la noche descendiendo á las llanuras.
Y hallo al hambriento lobo en mi camino
Y al toro que me mira y que me espera;

En vano grita el pobre campesino
«No cruces por la noche la ribera».
En la sierra de rocas erizada,
Del valle entre los árboles y flores,
En la ribera sola y apartada
He esperado al amor de mis amores.
A cada instante lavo mis mejillas
Del claro manantial en la corriente,
Y le vuelvo á esperar más impaciente
Cruzando con afán las dos orillas.
A la gruta te llaman mis amores;
Mira que ya se va la primavera
Y se marchitan las lozanas flores
Que traje para tí de la ribera.
Si estás entre las zarzas escondido
Y por verme llorar no me respondes,
Ya sabes que he llorado y he gemido,
Y yo no sé, mi amor, por qué te escondes.
Tú pensarás, tal vez, que desdeñosa
Por no enlazar mi mano con tu mano
Huiré, si te me acercas, por el llano
Y á los pastores llamaré medrosa.
Pero te engañas, porque yo te quiero
Con delirio tan ciego y tan ardiente,
Que un beso te iba á dar sobre la frente
Cuando me dieras el adiós postrero.

III

Dejaba apenas la inocente cuna
Cuando una hermosa noche en la pradera

Los juegos suspendi por ver la luna
Y en sus rayos te vi, la vez primera.

Otra tarde después, cruzando el monte,
Vi venir la tormenta de repente,
Y por segunda vez, más vivamente
Alumbró tu mirada el horizonte.

Quise luego embarcarme por el río
Y hallé que el són del agua que gemía,
Como la luz mi corazón hería,
Y dejaba temblando el pecho mío.

Me acordé de la luna y la centella,
Y entonces conocí que eran iguales
Lo que sentí escuchando á los raudales,
Lo que sentí mirando á la luz bella.

Vago, sin forma, sin color, sin nombre,
Espíritu de luz y agua formado,
Tú de mi corazón eras amado
Sin recordar en tu figura al hombre.

Angel eres, tal vez, á quien no veo
Ni lograré, jamás, ver en la tierra;
Pero sin verte en tu existencia creo
Y en adorarte mi placer se encierra.

Por eso entre los vientos bramadores
Salgo á cantar por el desierto valle,
Pues aunque en el desierto no te halle,
Ya sé que escuchas mi canción de amores.

Y ¿quién sabe si al fin tu luz errante
Desciende con el rayo de la luna,
Y tan sola otra vez, tan sola una,
Volveré á contemplar tu faz amante?

Mas, si no te he de ver, la selva dejo,
Abandono por siempre estos lugares,

Y peregrina voy hasta los mares,
A ver si te retratas en su espejo.

IV

He venido á escuchar los amadores
Por ver si entre sus ecos logro oírte,
Porque te quiero hablar para decirte
Que eres siempre el amor de mis amores.

Tú ya sabes, mi bien, que yo te adoro
Desde que tienen vida mis entrañas,
Y vertiendo por tí mares de lloro
Me cansé de esperarte en las montañas.

La gruta que formé para el estío
La arrebató la ráfaga de Octubre...
¿Qué he de hacer allí sola al pie del río
Que todo el valle con sus aguas cubre?

Y ¡oh Dios! quién sabe si de tí me alejo
Conforme el valle solitario huyo,
Si no suena jamás un eco tuyo
Ni brilla de tus ojos un reflejo.

Por la tierra ¡ay de mí! desconocida,
Como el Gévora, acaso, arrebatada,
Dejo mi bosque y á la mar airada
A impulso de este amor corro atrevida.

Mas si te encuentro á orilla de los mares
Cesaron para siempre mis temores,
Porque puedo decirte en mis cantares
Que tú eres el amor de mis amores.

V

Aquí tu barca está sobre la arena:
Desierta miro la extensión marina:
Te llamo sin cesar con tu bocina
Y no pareces á calmar mi pena.

Aquí estoy en la barca triste y sola
Aguardando á mi amado noche y día;
Llega á mis pies la espuma de la ola,
Y huye otra vez, cual la esperanza mía.

¡Blanca y ligera espuma trasparente,
Ilusión, esperanza, desvarío,
Como hielas mis pies con tu rocío
El desencanto hiela nuestra mentel

Tampoco es en el mar á donde él mora,
Ni en la tierra mi amor quizás existe:
¡Ay! dime si en la tierra te escondiste
O si dentro del mar estás ahora.

Porque es mucho dolor que siempre ignores
Que yo te quiero ver, que yo te llamo
Solo para decirte que te amo,
Que eres siempre el amor de mis amores!

VI

Pero te llamo yo ¡dulce amor mío!
Como si fueras tú mortal viviente,
Cuando solo eres luz, eres ambiente,
Eres aroma, eres vapor del río.

Eres la sombra de la nube errante,
Eres el són del árbol que se mueve,
Y aunque á adorarte el corazón se atreve,
Tú solo en la ilusión eres mi amante.

Hoy me engañas también como otras veces;
Tú eres la imagen que el delirio crea,
Fantasma del vapor que me rodea,
Que con el fuego de mi aliento creces.

Mi amor, el tierno amor por el que lloro
Eres tan solo tú ¡señor Dios mío!
Si te busco y te llamo, es desvarío
De lo mucho que sufro y que te adoro.

Yo nunca te veré, porque no tienes
Ser humano, ni forma, ni presencia:
Yo siempre te amaré, porque en esencia
A el alma mía como amante vienes.

Nunca en tu frente sellará mi boca
El beso que al ambiente le regalo;
Siempre el suspiro que á tu amor exhalo
Vendrá á quebrarse en la insensible roca.

Pero cansada de penar la vida,
Cuando se apague el fuego del sentido,
Por el amor tan puro que he tenido
Tú me darás la gloria prometida.

Y entonces al ceñir la eterna palma,
Que ciñen tus esposas en el cielo,
El beso celestial, que darte anhelo,
Llena de gloria te dará mi alma.

A MI HIJA MARIA CAROLINA

¡Oh! mucho tiempo, si; desde que era
Tan niña, que en el campo me dormía
Cuando el sueño feliz me sorprendía
Jugando por la siesta en la pradera.
Hace ya que sentí por vez primera
Una emoción de pena y de alegría,
Que me arrancaba lágrimas extrañas
De la misma raíz de las entrañas.

Sólo con ver el álamo primero
Cubrirse en Marzo de verdor naciente
Y á la primer caricia del ambiente
Brotar el lirio á orilla del sendero;
Y á la cría del pato marinero
Del arroyo cruzando la corriente,
De placer y dolor me estremecía
Y lloraba á la par que sonreía.

El vago revolver de algún polluelo
Que por primera vez dejaba el nido,
Y del otro más joven que escondido
Piaba sin poder alzar su vuelo,
Me llenaban de gozo y de desvelo
El tierno afán y bullicioso ruido,
Y allí, en el árbol la atención cautiva,
Quedaba silenciosa y pensativa.

Si en los huertos buscando dulces flores
Una oruga, en capullo, me encontraba,
En el hueco de un tronco la guardaba
Donde el sol la prestase sus ardores;

Y cuando ya las alas de colores,
Rompiendo su prisión la bella esclava,
Por vez primera al aire sacudía,
Yo lloraba de pena y de alegría.

Siempre cuando la luna del estío
Nacer veía en el sereno cielo,
Levantaba mis brazos con anhelo
Para estrecharla contra el pecho mío;
Y cuando el astro sosegado y frío
Ocultaba la niebla entre su velo,
Como ausencia de prenda más querida,
Me dejaba impaciente y affigida.

Yo recuerdo aquel ansia palpitante
Que agitaba mi vida en su mañana
Cuando en las mansas ondas del Guadiana
Se retrataba mi infantil semblante.
Viendo una vaga niña andar flotante
Allá en el fondo, con mi mano insana
Dividía el cristal en mil pedazos
Por querer estrecharla entre mis brazos...

Pimpollo de los álamos frondosos,
Blanco lirio brotado con la aurora,
Ave nueva de pluma encantadora,
Mariposa de luertos olorosos,
Luna de los estíos más hermosos,
Del agua peregrina moradora,
Encanto de mi alma... ¡Tú, hija mía,
Eras aquel amor que yo sentía!

¡Ah! si la torpe y ruda inteligencia,
De mi materno amor siempre ignorante,
Me hubiera dado la preciosa ciencia
De adivinar tu ser por un instante;

Si hubiera comprendido tu existencia,
Si hubiera contemplado tu semblante,
¡Cómo hubiera lanzado ni un gemido
Hija del corazón cuando has nacido!

Gemido fué de vanidosa artista,
Cuya vida á la gloria consagrada,
De su espíritu flaco y egoísta
No puede dar al sufrimiento nada;
Mas presto yo cuando fijé mi vista
En tu hermosa cabeza idolatrada,
Arrepentida con supremo encanto,
Vertí sobre ella generoso llanto.

¡Ay! ¡Cuánto tiempo consumí de vida
Atenta de la fama al vano ruido;
Cuán feliz pude ser y no lo he sido
Hasta que tú naciste, hija querida!
Mas, no de lauro me verás ceñida,
Porque si algunas hojas he obtenido,
Yo ya no quiero para mí ninguna,
Todas están para adornar tu cuna.

El alma, Carolina, el alma llora
Los años que no pude consagrarte;
Los días que he vivido sin mirarte
Son para mí de pesadumbre ahora!
Volver quisiera á mi naciente aurora
Y seguirte por siempre y no dejarte,
Aunque mi númen á mi genio adverso,
No me inspirase nunca un solo verso.

¡Perdóname aquel tiempo ya pasado
En que tanto canté, porque creía
Que era ambición la pena que sufría
Mi pobre corazón desamparado;

La juventud fecunda que he gastado
En inútiles ecos de poesía,
Quisiera recobrar, y uno por uno
Darte mis años sin guardar ninguno!

Si canto ya, será para adormirte,
Y si me ven con el oído atento
No será para oír mi propio acento,
Será, si te despiertas, para oírte;
Si canto ya será para decirte
Lo que al mecerte entre mis brazos siento;
Pero jamás al número sujeta
Cantaré con el tono del poeta.

Si quiere ser de mi talento amigo
El númen de los niños inocente,
Yo aprenderé del habla balbuciente
Los vagos tonos para hablar contigo...
Pero ¿cuándo hablarás? Ya en el Oriente
Vuelve á rayar el sol que fué testigo
De mi santo dolor y gozo extraño
Y ya se cumple de tu vida un año!

Habla para rezar, habla, hija mía,
Que hoy temblando medrosa por tu suerte
Me acuerdo más que nunca de la muerte
Y quiero que le rezes á María;
Ella fué nuestro amparo y nuestra guía,
Ella vino á salvarte y protegerte,
Y aunque amenace la enemiga estrella,
Libres estamos si nos guarda Ella.

¡Ah! yo quisiera con mi boca amante
Transmitir el acento á tu garganta
Para que el himno de su gloria santa
Tu boca perfectísima le cante;

¡Ah! si te inspiro yo mi fe constante,
Luego podré morir sin pena tanta;
Porque al dejarte, entonces, decir puedo:
«¡Se va mi sombra, pero yo me quedo!»

Á UN POETA DEL PORVENIR

No has nacido á la luz, mas yo te amo;
Espíritu que aún flota en el abismo,
Yo tu futuro corazón reclamo
Cuando no tienes ser para tí mismo.

No á la pureza de mi amor agrada
Forma visible que la mente ofusca;
En los vagos espacios de la nada
La ardiente fe de mi pasión te busca.

¿La nada he dicho?—no: el ser que vive
En el sol, en las nieblas, en el viento,
Que en el espacio inspiración recibe
De la eléctrica luz del pensamiento.

¿Qué importa si fué ayer, ó si es mañana,
Si naciste después, ó si antes vienes,
Si tienes en el mundo forma humana,
Ó en espíritu solo te mantienes?

Todo en la eternidad al par existe,
No hay al alma pasado ni futuro,
Y tu, genio, tal vez apareciste
Como lucero en nuestro cielo oscuro.

Tal vez es ya tu voz esa que suena
Del mar en las profundas soledades,
Y no hay en la creación otra sirena
Que el cantor inmortal de las edades.

Tal vez de nuevo, tú, serás Homero,
Que siguiendo en el turno del cometa
Para alumbrar al siglo venidero
Vendrás á visitar nuestro planeta.

Tal vez los que en el siglo hemos nacido,
Cantores hoy del mundo transformado,
Delante de tu carro hemos venido
Y tu genio á cantar nos ha impulsado.

Tal vez mi propio ser, mi propia vida,
Tal vez el alto amor que por tí siento,
Son chispa de tu genio desprendida
Que al mundo arrojas para darme aliento.

Tal vez como la pálida alborada
Precursora del astro soberano
El alma que te canta enamorada
Anuncia de tus glorias el arcano.

Tal vez entre tinieblas descendiendo
Á la mente sedienta de armonía,
En impalpable ser estás viviendo
Y eres el alma, tú, del alma mía.

Tal vez voy á morir, oruga inerte
Que en ciega cárcel sepultó sus galas,
Y en el instante mismo de mi muerte
Extiendas tú las deslumbrantes alas.

Y aún hallarás las flores palpitando
Al beso del amor que puse en ellas,
Y de los valles en el césped blando
Junto á las fuentes hallarás mis huellas.

Y de mí te hablarán todas las aves,
Y mis ensueños te dirá la luna,
Y hasta el contrario mar en sonos graves
Te contará el rigor de mi fortuna.

Y «¿por qué—me dirás—por qué sufriste
»Alma sensible, para el bien nacida,
»Por qué tu musa solitaria y triste
»No cantó los placeres de la vida?

»Quién eres tú, que con audacia extraña
»Rasgando al porvenir el negro velo,
»Desciendes del abismo hasta la entraña
»Para buscarme en tu amoroso anhelo?

»¿Quién fuiste tú, del siglo transcurrido
»Vaga memoria, evocación doliente,
»Que luchas con las sombras del olvido
»Para llegar cual rayo hasta mi mente?»

—¿Quién fui, quién soy?—El eco de este canto,
Del infortunio la viviente queja,
De la afligida humanidad el llanto,
El adiós de la musa que se aleja.

La negra prensa, la moderna lira,
Mi libro amante llevará á tus brazos,
Y en estos versos que el dolor inspira
Encontrarás mi alma hecha pedazos.

Mi voz ingenua cantará á tu oído
De nuestro siglo la infernal locura,
Y del alma sabrás cuanto ha sufrido
En sus horas de horrible calentura.

Nosotros somos los que en gran cadena
Lleva el vapor como á la muerte al reo,
Y nos arrastra desde el Ebro al Sena
Las entrañas rompiendo al Pirineo;

Los que del Cénis por la cumbre vamos
Cabalgando en corcel de viva lumbre,
Y sus eternas moles taladramos
Para cruzar después bajo su cumbre;

Los que en el fondo de insondados mares
Políglotas serpientes extendimos,
Los que á la industria consagrando altares,
Del mar Rojo los límites rompimos;

Los que á Atlante y Pacífico enlazamos
De hierro con perpetuos eslabones,
Los que del arpa eléctrica colgamos
En los aires los mágicos bordones;

Y el Dios de la mecánica triunfante
Su carro ornando de laurel y palmas
Sobre el cristiano mundo agonizante
Pasó rompiendo nuestras mismas almas.

Y tú nos hallarás como el viajero
Que del Alpe al subir la cumbre helada
Encuentra al atrevido compañero
Que pereció en mitad de la jornada.

Y ráfaga de luz en noche umbria
Tu mente penetrando en lo pasado,
Al ver la gloria bajo planta impia
Nos llamarás con grito desolado.

Y en vano clamarás.—Rudos silbidos,
Hierros que crujen como en son de guerra,
Ojos sin vista rojos y encendidos
Á todas horas cruzarán la tierra.

Rugiendo con fragor la rueda infame
Que mil guerreros á traición sepulta,
Cuando el honor á combatir te llame
Entre las selvas hallarás oculta.

Y buscarás la libertad en vano,
La libertad bajo el cañón perece,
Y el cañón de la tierra soberano
Las artes y las glorias ensordece...

¡Mas—¿por qué has de nacer?... Que gire el
Sin la luz inmortal de la poesía, [mundo
De la materia al germinar fecundo
Rodando en los espacios todavía.

Y en un astro mejor, y en otra esfera
Nazca la humanidad, y el genio cante:
¡No temáis del espíritu que muera,
Esperad que á los cielos se levante!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL
"ALFONSO REYES"
1946. 1625 MONTERREY, MEXICO

D.^a GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

—
Á ÉL

En la aurora lisonjera
De mi juventud florida,
En aquella edad primera
—Breve y dulce primavera
De tantas flores vestida—
Recuerdo que cierto día
Vagaba con lento paso
Por una floresta umbria,
Mientras que el sol descendía
Melancólico á su ocaso.

Mi alma—que el campo enajena—
Se agitaba en vago anhelo,
Y en aquella hora serena
—De místico encanto llena
Bajo del tórrido cielo—

Me pareció que el sinsonte
Que sobre el nido piaba,
Y la luz que acariciaba
La parda cresta del monte,
Cuando apacible expiraba,